

mla 514

19609-5

Nº 18419 / 3  
M.F.N 1080

UNIVERSIDAD DE CUENCA

# Presencia de la Poesía Cuencana

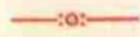
5



## Remigio Romero León

Selección y Nota de Rigoberto Cordero y León

"ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE CUENCA"



1958

15007415 mla



### REMIGIO ROMERO LEON

Recuerdo con inefable claridad las bellisimas frases con que Remigio Romero León presentara al Caballero Andante de la Bella Palabra, Don Eugenio Noel, español con alma universal y nobilísima. Así decía nuestro Caballero de las Letras: "No ha muerto todavía Don Quijote. Trasnochado Caballero que recorre el mundo en busca de Dulcinea, ha concurrido a casi todas las épicas jornadas de la historia, y vive de esperanzas y de ideales, de anhelos y de ensueños que al fin se han de realizar si la Humanidad tiene destinos más altos que los que se compran con el dólar, se conquistan con la espada o se usurpan con la astucia de la política. El aventurero Manchego, desfacedor de agravios que va por las áridas travesías de la gloria, dispersando manadas y despedazando molinos de viento, no ha muerto, no puede morir jamás".

Tentado sería de tratar tan honda figura morlaca, ilustre por su verbo armonioso que fue música y perfume, ternura y oración... Claustros universitarios, salones académicos, púlpitos de laica enseñanza y

predicación de la belleza guardan todavía esa voz dulce de toda dulzura y que tan perfectas y buenas cosas sabía decir... El aire todo de cuencanía ha quedado eternamente perfumado de su voz...

Mas he aquí que ahora os traigo al Poeta, que es como decir al mismo mágico constructor de las arquitecturas verbales prodigiosas remansando el sentir y el expresar en la dulce poesía...

Remigio Romero León es un Poeta de dulce fablea y de sincero y pulcro sentimiento... Comienza su sentido artístico en el amor por las pequeñas y preciosas cosas, ala, lirio, nube, para de allí elevarse con naturalidad suprema al gran amor por la Patria, que es sólo un más amplio y dilatado hogar para los vuelos del alma... Gran Patriota, poseído de un idealismo puro y generoso, apasionado y noble, hoy ciertamente en manifiesta crisis por los postizos cosmopolitismos que desarraigan al hombre del amor de la tierra y le convierten en caminante de los caminos sin estrellas...

Remigio Romero León fue un Patriota eximio, con vehementes deseos de bienandanza para su Tierra Madre, hijo de estos lares queridos predicando la grandeza para ellos en sacerdocio de nobleza ejemplar... En algunos de sus versos hallaréis este sentido de amor por la tierra que acunó vida y ensueño... Me ha sido dado conocer, en manos de quien bien y fervorosamente sabe conservarlas, cartas de este soñador del bien de la Patria, con vigencia del momento en que fueron escritas y con vigencia todavía para este tiempo nuestro angustiado y quien sabe para cuánto tiempo todavía...

Remigio Romero León encuentra el íntimo sentido de la poesía: el de expresar el mundo del sentimiento a través de la perfección del pensamiento... Por lo mismo, gozando en las manifestaciones transparentes del alma y sufriendo de auténtico dolor cuando la vida desdibuja, rompe y desgarras las amadas figuras...

Posee un hondo cariño por la tradición nuestra, hallando justa y altamente la dimensión de belleza en la historia... Busca y encuentra lo que vino a perderse en el pasado, pero que listo está siempre, con surtidor de agua clara, para quien toque con llamada de lirio o de ensueño... Recuerda el río cantor y la bravia raza, cuando esta América nuestra era más nuestra, más india, más hermosa, virgen y mansa... Por cierto que este hallazgo también viene hecho de quijotesca manera: si Don Quijote hubiera atravesado el Gran Mar Océano en visita al Continente Nuevo, de seguro habría emprendido en sin igual batalla contra malandrines y follones que martirizaron a la raza descendiente del Sol... Así nos da Remigio Romero León la leyenda del capulí, nuestro árbol heráldico con sus frondas habitadas de nidos y sus frutos habitados de incomparable dulzura...

Remigio Romero León es Poeta sencillo, pulcro y dulce... Quizá más simple y exacto sería decir es Poeta... Este Caballero de las Letras ha dicho una palabra poética que Moriaquia jamás puede olvidar...

RIGOBERTO CORDERO Y LEON.

SOLO A LOS INDIOS LES ES DABLE DECIR ESO; LOS BLANCOS NO PUEDEN DECIR "MAS NUESTRA": PORQUE SOLO LOS INDIOS SON LOS DUEÑOS 183 —

10 DE AGOSTO

En la inauguración del monumento  
a los próceres de Quito.

Si en las cumbres se forma la tormenta,  
si en las cumbres fermenta  
el rayo que la atmósfera depura;  
sobre el excelso pedestal del Ande,  
¿quién no se siente grande,  
quién no se siente libre en esa altura?

El Pichincha, gigante de granito,  
proyecta sobre Quito  
su cabeza de nieves coronada.  
Las aves, con el ala entumecida,  
no cantan la salida  
del sol en esa espléndida alborada.

Sólo el cóndor, tranquilo por el cielo,  
con majestuoso vuelo,  
de una cima a otra cima, se pasea...  
Solo no, que los hombres que han nacido  
donde él cuelga su nido  
tienen, también, la fuerza de la idea,

y ese día de auroras esplendentes,  
demostrando valientes,  
al destrozar sus férreas ataduras  
que, si el valor de España recibieron,  
del cóndor aprendieron  
a vagar libremente, en las alturas.

No hay esclavos al pie de los volcanes.  
Son vanos los afanes  
del que cimienta un trono sobre nieve;  
ante la augusta pompa del collado  
de nieves coronado,  
¿quién su diadema a presentar se atreve?

Ya el presidente regio está cautivo,  
mientras el pueblo altivo  
reivindica sus fueros y derechos;  
ya en el Pichincha despuntó la aurora  
cuya luz redentora  
tuvo en Europa límites estrechos.

Arriados de palacios y torreones  
los viejos pabellones  
del pueblo de las épicas hazañas,  
ya los libres clavaron su bandera  
en la frente altanera  
del egregio león de las Españas.

Mas, toda redención, por escenario,  
tiene siempre el Calvario,  
y tiene el redentor, la cruz por trono.  
Pronto los libres en prisión oscura,  
o en bárbara tortura,  
presa serán del español encono.

Y ¿qué importan prisiones y tormento,  
si para el pensamiento  
aún no inventan cadenas los tiranos?  
Amarrado el titán sobre la roca

a los dioses provoca,  
y es titán aunque atado de las manos!...

El patíbulo al mártir no le afrenta,  
ni el dolor le amedrenta;  
la sangre del patriota es sangre noble  
y minará, goteando en la montaña,  
el palacio de España,  
como carcome el mar la peña inmóble.

Del diez de Agosto en la inmortal aurora,  
la espada vengadora  
brilló, al fin, en la tierra americana,  
paraíso que defiende vigilante  
una raza gigante,  
¡la democracia, fuerte y soberana!

Pues la chispa de fuego, que ese día,  
en el Pichincha ardía  
tuvo en su seno germen de naciones  
y el Continente convirtió en hoguera,  
fundiendo, por doquiera,  
las cadenas en balas de cañones.

Mas, después de la lucha, esos metales,  
en moldes inmortales,  
funda, el arte, en eterno monumento  
que, a los reyes, recuerde su impotencia,  
y enseñe que la ciencia  
hasta en el bronce encarna el pensamiento.

## AUTOBIOGRAFIA

Ni soberbio ni esclavo: siempre erguida  
llevo la frente, el ánimo esforzado.  
Adorador del Dios Crucificado,  
cruzo sereno el valle de la vida.

Ningún poder terrestre me intimida:  
aborrezco al perverso y al menguado,  
pero veo un hermano en el culpado  
y compadezco a la mujer caída.

Quiero alcanzar la gloria honrada y pura,  
y, Sisifo impotente, caigo y ruedo  
al peso del dolor que me tortura.

Mas, el abismo no me infunde miedo,  
yo sé luchar y llegaré a la altura,  
pues con la voluntad todo lo puedo.

## SURSUM CORDA

A mis hijos Raphael y José  
que hacen versos modernistas.

Son las cuerdas, las entrañas doloridas,  
(disecadas,  
estiradas  
y cruelmente retorcidas)  
de los blancos corderillos  
que han sentido  
los dolores, los amores,  
los temores, los horrores  
de la vida.  
Son las cuerdas, las entrañas de los seres  
que han vivido, que han amado,  
que han gozado  
los placeres,  
que han luchado, que han triunfado,  
saboreando los deleites de la herida;  
son las cuerdas, las entrañas  
do se cantan las hazañas  
de los héroes,  
de los mártires,  
de los dioses ignorados;  
las entrañas de los seres inmolados  
por el hombre, para el canto,  
para el llanto,

para todo lo que es grande,  
para todo lo inmortal.  
Son las cuerdas, los intérpretes  
de lo eterno, de lo ideal.

Los violines y las arpas y las liras,  
cómo cantan, cómo trinan,  
cómo encantan —no rechinan—,  
que sus cuerdas tienen alma,  
tienen algo misterioso  
y armonioso  
que estremece,  
que enloquece,  
tienen algo que semeja  
voz humana que se ríe, que se queja;  
tienen algo donde duermen  
las canciones y los versos,  
donde tiemblan las catástrofes  
y los vértigos,  
y palpitan  
y tiritan  
y se agitan  
ilusiones, emociones, sensaciones  
y tormentas muy extrañas,  
que las cuerdas son entrañas,  
que han vivido,  
que han sufrido,  
que han sentido  
los horrores de la vida.

Cómo crujen, cómo mueren  
las maderas que se queman en las piras,  
cómo chillan  
las maderas con que se hacen los ataúdes;  
cómo brillan,  
cómo suenan armoniosas,  
las maderas de las liras,  
de las arpas y violines y laúdes,  
son maderas primorosas,

olorosas  
y pulidas,  
en los bosques escogidas;  
son maderas que han tenido  
sabia y vida,  
que han florido  
y han crecido  
desafiando los aludes  
y escuchando los bramidos  
de tormentas y huracanes,  
que han sentido  
las caricias de los nidos  
y los besos de la brisa,  
la sonrisa  
de la aurora,  
los cantares de las aves  
y las suaves melodías  
y las locas alegrías  
con que el bosque ríe y llora;  
son maderas que han gozado,  
que han amado,  
que han llorado,  
que han vivido las tormentas de la vida.

Ya no suenan armoniosas,  
ya no cantan melodiosas  
arpas, liras y laúdes  
de maderas destinadas a las piras,  
de maderas con que se hacen ataúdes;  
ya no trinan—  
que rechinan—  
con sus cuerdas de metal,  
con sus cuerdas insensibles,  
impasibles  
para el canto, para el llanto,  
para todo lo que es grande,  
para todo lo ideal,  
que las cuerdas de metal

no han tenido sangre y lágrimas,  
ni han sentido  
las tormentas, los dolores, los placeres  
de los seres  
que han vivido,  
cuerdas mudas de ardimientos,  
pensamientos,  
sentimientos,  
y esperanzas inmortales.  
Arpas, liras y laúdes  
fabricados de metales,  
para manos de juglares  
y vulgares  
rapsodistas,  
cuerdas duras, insensibles,  
imposibles  
para todo lo inmortal.  
Sursum corda!  
si no acorda,  
lo vivido, lo que es real  
con las cuerdas de metal.  
Fabriquemos  
cuerdas duras, cuerdas raras  
para el canto  
de lo santo,  
lo inmortal;  
inmolemos  
nuestros propios corazones,  
y entonemos  
las canciones  
de la herida,  
del dolor,  
del amor,  
de la vida,  
que lo real,  
lo vivido,  
lo sentido,  
lo inmortal  
no se cantan en las cuerdas de metal.

## BATALLON DE RESERVISTAS

Cantando un yaraví de la montaña,  
En torno al pabellón que el viento ondea,  
Qué alegres van los mozos de la aldea,  
Llamados por la Patria a la campaña.

Secreta y dulce voz que nunca engaña,  
Les hace comprender, ¡hermosa idea!,  
Que al pelear por la Patria se pelea  
Por la novia, la madre y la cabaña.

Generosos heraldos de la gloria,  
No abrigan, en sus pechos esforzados,  
De bastarda ambición, la ruin escoria.

Sin odio y sin rencor esos soldados,  
Sólo buscan la muerte o la victoria,  
Porque saben amar y ser amados.

## SONETO

A la memoria del Ilustrísimo  
Sr. Dr. Dn. Miguel León.

Era un santo; tenía la realeza  
De los pontifices del Dios Mendigo;  
Llamaba hermano al pobre, al triste, amigo,  
Compartiendo con ellos su tristeza.

Era un sabio; del mérito y grandeza  
De sus prendas, el mundo fue testigo;  
¿Pero qué importa?, el mundo es enemigo  
Del que levanta en alto su cabeza.

Llamáronle demente; y poco a poco  
Le dejaron sin mitra y sin cayado...  
Para el sarcasmo, no faltó tampoco

Ni la caña, ni el manto colorado.  
Y murió, como muere todo loco:  
En el calvario, pobre y calumniado.

## CAPULI

### Tradicón Indígena

#### I

Principia a amanecer. Claror de aurora  
baña de rosicler la inmensa esfera;  
y, en el fondo del bosque, se percibe  
olor de cinamomo y de canela.

Ya no hay sombras. Los pájaros parleros,  
en bandadas se internan por las selvas,  
y soñolientos, osos y jaguares,  
en la húmeda hojarasca se revuelcan.

Los sauces y los molles de la orilla  
con la espuma del río, a besos, juegan;  
mientras la brisa, por el monte, corre  
y a las hojas dormidas las despierta.

Los patos, al tenderse en la laguna,  
hacen saltar el agua, que la hierba,  
los helechos y juncos de la playa,  
al despertar, con ansiedad, esperan.

¡Todo es hermoso! La cascada agreste,  
al saludar al sol, en su carrera,

se viste del arco-iris que enamora  
a los remansos, que a sus pies se quejan.

Pincipian los reptiles sus trabajos;  
en el suelo se arrastra la culebra,  
y, fatigada, chirria la lechuza,  
en los oscuros huecos de la peña.

## II

A completar el cuadro que aparece  
con la luz en el fondo de las selvas,  
Capuli, la india de los ojos negros,  
baja al río a trenzar su cabellera.

Es Capuli la púdica adorada  
del gallardo y valiente Duchicela,  
de cuyo llautu, la esmeralda verde  
junto con la purpúrea borla, cuelgan.

Sonriente se mira, en el remanso,  
y suspira a pesar de verse bella,  
porque el amor, aunque venturas tiene,  
guarda en el fondo dejos de tristeza.

—“¡Cuántas ocultas inquietudes siento,  
y cuánto tarda!”, exclama la doncella,  
tornando hacia el camino sus pupilas  
mucho más negras que sus propias penas.

No sé por qué, la joven se estremece,  
y, con la mano el corazón aprieta,  
queriendo contener las tempestades  
que allá adentro se agitan y fermentan.

Y como si en las aguas encontrara  
algo que calme su ansiedad secreta,  
pálida, en el río se desploma,  
dando un grito de angustia y de sorpresa.

## III

Un momento después, en el remanso,  
flota el cadáver de la virgen bella,  
que, piadosos, recogen dos mancebos,  
que a la orilla del río, a poco, llegan.

Es el uno el cacique de Cañaris,  
y es el otro el valiente Duchicela:  
ambos amaron, con pasión, a la india,  
de las pupilas húmedas y negras.

Son dos rivales que el dolor hermana;  
son dos vencidos que la suerte aferra,  
con eslabones de templado acero,  
sobre el yunque fatal de la existencial

El uno, asido al árbol de la orilla  
—árbol que al mirto y que al ciprés semeja—  
lira sin tregua, viendo al compañero  
dar sepultura a la gentil doncella.

Y —“¡oh mi adorada de los ojos negros,  
—con amargura, exclama Duchicela—,  
sin la luz que irradiaban tus pupilas  
qué sombras tiene para mí la selva!”

Movido a compasión el de Cañaris  
—“yo soy, le dice, causa de tus penas;  
porque, tal vez, tu Capuli, en el río,  
desmayada cayó con mi presencia”.

“Pero jamás te faltarán ¡lo juro!  
los ojos negros de tu amada bella;  
porque yo haré que, de estas ramas verdes,  
nazcan racimos de pupilas negras”.

#### IV

Arbol de capulí, desde ese entonces,  
se llama el árbol que al ciprés semeja:  
con sus flores las novias se atavian,  
y los amantes, a su sombra, sueñan.

Y dicen que al comer sus frutos negros  
brota, en el alma, primavera eterna;  
pues hace recordar lo que se ama  
y hace querer a la nativa tierra.

#### MIS JUGUETES

Cansado de estudiar la ciencia humana,  
difícil cuanto vana,  
uno a uno, en mi mesa revolvía  
los premios de Colegio y la corona  
que la fortuna conquistóme un día,  
sin observar que me escuchaba atenta,  
desde el umbral del cuarto, juguetona,  
mi bulliciosa, así locuaz María,  
persona que no cuenta  
cuatro años todavía  
pero que es, sin embargo, una persona  
de muchas campanillas, y muy mona.  
—Papá, me dijo al cabo, la pilluela,  
por qué es usted BRIBON; por qué ha escondido  
esos lindos juguetes que ha tenido?  
—¡Juguetes!— exclamé fingiendo asombro,  
y ella de su candor en el exceso,  
—esos lindos, con cintas de colores  
que yo quiero comprar con todo un beso.

Por un beso en tu boca fresca y pura  
el mundo todo es misero estipendio;  
un beso de tu boca es el compendio  
de mis castos ensueños de ventura;  
veo unidas, en íntima armonía,

las gracias de tu madre idolatrada  
y la santa dulzura de la mía!  
Ven: guarda cuidadosa estos juguetes  
con que el mundo falaz quiere engañarme,  
y acércate a besarme,  
porque el mezquino corazón del hombre,  
necesita los besos —no te asombre—  
de un ángel como tú, todo ternura,  
y los nobles juguetes de la gloria!

## BESOS Y LAGRIMAS

### I

Son los besos de la madre  
el bautismo de ternura  
que, entre risas musicales,  
recibimos en la cuna,

Y los besos de la esposa  
son incendios que perduran;  
son las llamas misteriosas  
que calientan en la tumba.

La fragancia de los besos,  
como el sumo de las uvas,  
nos embriaga, pues sus deijos  
en las odres siempre duran.

¡Qué gloriosos los que mueren  
con los besos de la cuna,  
y los besos, cuyas heces,  
no se agotan ni en la tumba!

## II

Es el llanto de la madre  
la piscina de aguas puras  
donde encuentran los mortales  
la inocencia de la cuna.

Y es el llanto de la esposa  
el rocío que fecunda  
a las hiedras trepadoras  
que se abrazan a la tumba.

---

El rocío de las lágrimas  
fecundiza, como lluvias,  
los ensueños de las almas  
destinadas a la altura.

¡Qué felices los que viven  
bendecidos en la cuna,  
y que llanto sólo piden  
cuando duermen en la tumba.

## III

Embriagado con el vino  
de los besos, mi amargura,  
en cantares he vertido,  
recordando de la cuna.

Y yo espero que mis huesos,  
encerrados en la tumba,  
se calienten con el fuego  
de los besos que perduran.

---

Protegido con el llanto—  
la plegaria de almas puras—

mis combates he librado,  
recordando de la cuna.

Y yo espero que, piadosos,  
crezcan juncos en mi tumba,  
con el llanto de los ojos  
que han formado mi ventura.

## IV

Yo he sabido que mi madre  
vigilaba con ternura,  
protegiendo, como un ángel,  
en los bordes de mi cuna.

Y qué dicha tan completa  
si más tarde la fortuna  
te recuesta, compañera,  
en los bordes de mi tumba.

## A MI AURELIA

La que en su sonrisa tiene  
la gracia de los cantares;  
la que es bella inspiradora  
de mis dulces madrigales;  
la que, en mi alma de poeta,  
tiene culto y tiene altares  
¿es la que me pide, hoy día,  
versos para sus postales?

Me vengaré de la avara  
que mendiga mis cantares,  
derrochando, como pródigo,  
las estrofas inmortales  
que yo leo, a todas horas,  
en su sonrisa adorable  
y en sus ojos que disipan  
o que forman tempestades;  
ya que siempre su belleza  
y su ternura han de darme  
inspiración para el canto  
y pasión para adorarle.

## PUCAC - URPI

(La paloma roja)

I

El día va a morir. Las blancas nubes  
entintan en carmin sus caudas regias,  
recogiendo las luces moribundas  
del sol, al trasmontar la cordillera.

El día va a morir. En el bosque  
las sombras se amontonan con tristeza;  
pues las luces que mueren van dejando  
silencio y soledad aquí en la tierra.

Y en esta hora solemne del crepúsculo,  
sentadas sobre alfombra de hojas secas,  
junto al río, en el bosque de arrayanes,  
conversan, en secreto, dos doncellas.

La una es Turpica, ardiente adoradora  
del Jefe de la tribu, la que sueña  
con las bodas felices con el príncipe,  
porque al verse en las aguas se vió bella.

Y la otra es Pucac - Urpi, ¡qué sarcarmo!,  
la virgen elegida por Chumbera,

por el príncipe joven y valiente,  
a quien Turpica adora loca y ciega. \*

## II

De repente, unas luces en la cumbre  
bañan de resplandor la Cruz de piedra;  
y Pucac - Urpi al ver la cruz solloza...  
¡Quién sabe qué misterio allí se encierra!

Al observar esa inquietud, Turpica  
le dice a Pucac - Urpi, salamera:  
—¿Por qué lloras, por qué te pones triste,  
al ver las luces de la cruz de piedra?

—No sé por qué, responde Pucac - Urpi,  
mi breve historia conocer deseas;  
pues, ¿quién pregunta cómo vive el ave,  
ni a quién su oculta pena le interesa?

Nací cuando la luna se ocultaba,  
dejando al bosque en soledad inmensa;  
y es por eso, tal vez, que en mis pupilas,  
las sombras de la noche se reflejan.

Mi madre me llamó su Pucac - Urpi,  
porque al besarme por la vez primera  
sintió que sus mejillas se quemaban  
junto a la mía, pálida y morena.

Crecí en el bosque, como crece el sauce  
que para mí plantaron las doncellas,  
sauce que, veinte veces se ha secado,  
y que los años de mi vida cuenta.

Fui feliz al correr por la montaña  
cazando al colibrí con mis saetas;  
mas, ¡cruelles!, a mi madre me quitaron  
y obscura, entonces, se quedó la selva.

Pero, una tarde que subía al monte,  
arrodillado ante la Cruz de piedra,  
encontré a un español que, amante, supo  
con caricias borrar mi honda tristeza.

Y por eso, la Cruz que adora el blanco  
siempre ha sido mi noble compañera;  
pues ante ella mil veces me ha jurado  
amarme como se ama en sus praderas.

## III

Maliciosa sonriese Turpica  
que en su venganza criminal ya piensa,  
al saber que la amada del curaca  
oculto amor a un español profesa;

Y haciendo alarde de un mentido afecto  
incapaz de sentir su alma de fiera:  
—Yo quiero protegerte en tus amores,  
yo quiero ser tu hermana, le contesta.

Mas, dime ¿dónde vive tu extranjero?  
Yo iré a buscarle, y todas tus tristezas  
le contaré, pidiéndole que acuda  
a calmar tus angustias y tus penas.

Vencida por la astucia de Turpica  
—Ayúdame, le dice, la princesa,  
a salvar a mi padre y a mi amado  
que a encontrarse van en la pelea.

Hernán Quirós, el blanco a quien adoro,  
es apuesto y gentil, de nobles prendas;  
pero obedece a un rey que, con locura,  
pretende arrebatarnos las praderas.

El sabe que mi padre me destina  
a reinar, como esposa de Chumbera,

sin comprender que mi alma apasionada,  
ser esclava de Hernán tan sólo anhela.

Y esta tarde vendrá con sus soldados,  
y vencerá, porque sus armas queman.  
Y entonces, ¡ay!, el Jefe de la tribu  
más desgraciado, mientras más me quiera!

#### IV

Espantada Turpica ante el peligro  
que amenaza al amado tan de cerca,  
descubrirle el secreto y defenderle,  
combatiendo a su lado, sólo intenta.

Presurosa, del suelo se levanta,  
y dejando abismada a la princesa,  
en la duda, el terror y la congoja,  
la fuga emprende en rápida carrera.

Mas, es inútil ese ardiente celo!  
Los españoles tras de las palmeras,  
los pasos de los indios han seguido  
y sobre ellos se lanzan con fiereza.

#### V

Un instante después, sólo se escuchan  
ayes, imprecaciones y blasfemias;  
disparos de arcabuz, choques de hierros  
y el agudo silbar de las saetas.

Hay encono y valor en ambos bandos;  
y al olor de la sangre que aún humea,  
el cóndor altanero se sacude  
y tranquilas las fieras se esperezan

#### VI

Al cabo se decide la victoria  
a favor del arrojo y de la fuerza;  
y el poderoso rey de las Españas  
es Señor de los reyes de la América.

¡España vence, mas sus nobles hijos  
vencidos siempre por fortuna adversa,  
o la vida o la dicha van dejando  
sepultada en el fondo de las selvas!

#### VII

A Quirós la victoria ¿qué le importa,  
si su adorada, la gentil doncella,  
no acude muchas tardes a la cita  
en la alta cumbre de la Cruz de piedra?

Vencida al fin, del alma en los combates,  
a la sombra del claustro, la princesa  
llora las desventuras de su tribu  
y preces, por Quirós, al cielo eleva.

Mas los indios refieren que unos brujos,  
obedientes al mandato de Chumbera,  
a Pucac - Urpi en ave transformaron,  
dejándole encantada en las praderas.

#### VIII

Ave sacra es para ellos Pucac - Urpi:  
sus carnes curan íntimas dolencias,  
su pluma es atavio de viudas  
y amuleto de virgenes enfermas.

¡Ave de la llanura o de los claustros,  
de su raza infeliz es el emblema,  
de esa raza sin trono y sin altares  
que vive solamente en la leyenda!

## LA PRINCESA DE TUMBES

Para Apelles Mestres, egregio poeta  
y dibujante español.

Es la hora del descanso. Fuertes vientos  
sacuden el follaje de las selvas,  
y, en rauda remolino, sobre el llano  
van cayendo en montón las hojas secas.

Es la hora en que las aves se refugian,  
cansadas de volar, en las palmeras,  
para esperar que ardiente el sol traspase  
el cenit, en su espléndida carrera.

Es la hora en que el salvaje va a la fuente  
y a la sombra del molle se recuesta,  
para soñar con dichas imposibles  
del mismo modo que los sabios sueñan.

Y junto al lago que en sus ondas copia  
toda la esplendidez de la ribera,  
el cacique de Tumbes, apoyado  
en el brazo de su hija, se pasea.

Tiene el viejo la frente coronada  
con plumas brillantísimas y bellas;

está pintado el rostro con achiote  
y cuelga al cinturón carcax con flechas.

La joven tiene conchas y oro fino  
que adornan su abundante cabellera,  
hermosas gargantillas de corales,  
pendientes de esmeraldas y de perlas.

Atada a la cintura, también, tiene  
vistosa y larga sarta de aves muertas,  
prenda de gran valer con que acredita  
su elevado destino y su grandeza.

Está la virgen pensativa y triste,  
sus ojos negros, al fijarse, quemán,  
y sus cabellos caprichosos caen  
sobre su frente pálida y morena.

Tiene en su rostro no sé qué del bosque  
do se meció su cuna de princesa;  
tiene el andar ligero de las aves  
y tiene la esbeltez de las palmeras.

"¿Por qué estás triste, cariñosa Páchac,  
le dice el viejo, en la nativa lengua,  
sí ya tus bodas celebrar yo quiero  
y ceñir a tu blanco mi tendema?"

"No te inquietes por mí, que estoy en calma,  
ruborosa, replica la doncella,  
ven a comer del piátano sabroso  
que para ti producen estas selvas".

"Después, padre y señor, tranquilo puedes  
recuperar las fuerzas en la siesta,  
que, mientras duermas, velaré tu sueño  
y con mi amado soñaré despierta".

Mas, de repente, el diálogo interrumpen,  
porque sobre un picacho de la peña,  
gallarda se destaca la figura  
de un caballero que a la cumbre llega.

Es el joven Alonso de Molina,  
es uno de los trece, que las puertas  
de la gloria franquearon, en el Gallo,  
sosteniendo a Pizarro en su firmeza.

Y aunque ni el hambre, ni el dolor pudieron  
doblegar a esa alma heroica y fiera,  
cautivo en Tumbes, el soldado vive  
por el amor de Páchac, la princesa.

Y ese noble guerrero castellano  
que no tembló jamás en la pelea,  
al distinguir a Páchac en la playa,  
se sobrecoge como un niño y tiembla.

¡Misterios del amor!, con cuánto empeño  
se busca a la mujer con quien se sueña;  
pero, cuando de cerca se la mira  
de ella alejarse, con afán, se anhela.

Por eso el de Molina vacilante,  
como un ebrio, desciende a la pradera;  
le espanta el ruido de su propio pecho  
y el de sus pasos en las hojas secas.

Páchac que adora al español, los ojos  
hacia él los vuelve, de ternura llena;  
y el viejo que bendice esos amores  
la vista no desprende de la peña.

¡Pero qué horror!, a espaldas de su amada  
y del cacique, don Alonso observa  
que, entre las frondas, con ligero paso  
un hirsuto jaguar se les acerca.

Ante el peligro, el español recobra  
el valor, y confiado en su destreza,  
sereno apunta, entre el cacique y Páchac,  
y logra disparar sobre la fiera.

Mas, como el indio a comprender no alcanza  
lo horrible y misterioso de la escena,  
de miedo o de terror, el arco tiende  
y al noble salvador a herirle acierta.

Un grito de dolor la virgen lanza  
y al de Molina protegerle intenta.  
¡Desgraciada mujer, sin el amado  
le faltan fuerzas y le sobran penas.

Pobre loca, en el suelo se desploma,  
increpando a su padre con rudeza;  
y luego, cual si oyera el prometido,  
pregunta: "¿Te han herido con mis flechas?"

"Amor mio, perdón; pues si la vida  
la debo a tu valor, ¿por qué me dejas?  
O si morir debiste tú primero,  
dime, ¿por qué matastes a la fiera?"

El viejo, entonces, en su horror y asombro,  
maldice a la razón y a la existencia;  
cuando hay completa soledad del alma  
la muerte o la locura es recompensa.

Vuelve el silencio y la quietud al bosque,  
vuelve el venado al fondo de las selvas  
y en el monte, en la playa y en el lago  
con lentitud las sombras se pasean.

Están las flores mustias, agobiadas,  
los árboles cansados se dobligan  
y pesada la atmósfera titila  
en la alta cumbre de la agreste peña...

## EL BRUJO DE TARQUI

### I

¡Qué derroches de luz y de colores  
en los cristales de la nieve blanca,  
do se forman fantásticas columnas  
de mármol, de diamantes y de plata!

Blancos copos de espuma sobre el río.  
y en el llano —viajeras caravanas—  
jirones de neblina que se alejan  
huyendo de la luz de la mañana.

No despiertan las aves todavía,  
ni hay lumbre en el hogar de las cabañas;  
sólo una joven, presurosa, corre  
del Tarqui por la pampa solitaria.

Es la bella Inti - Puma, la elegida  
entre las nobles hijas del curaca,  
por el Conquistador del cacicazgo,  
para el harém del Inca Manco - Cápac.<sup>f</sup>

Y hoy, después de las fiestas que en el río  
celebrarán al sol, deidad sagrada,  
la joven partirá con los mancebos  
que componen la tropa del monarca.

Mas, antes de partir la virgen india  
necesita buscar al gran Pucallpa,  
brujo que los arcanos deletrea  
desgarrando del cóndor las entrañas.

Preguntar necesita por Tunduli,  
el jefe de las tropas derrotadas;  
por el gallardo mozo a quien adora  
con el candor de su alma americana.

Y camina, anhelosa, la princesa,  
cuando, del saucedal entre las ramas,  
se desprende Tunduli, que enojado  
le detiene, diciendo, en voz muy alta:

—Dónde vas, Inti - Puma, tan temprano?  
¿A rizar tus cabellos en el agua  
para agradar, acaso, a los traidores  
que empaparon en sangre estas comarcas?

—Calla, insensato, le contesta la india,  
jamás traiciona la mujer cuando ama.  
Quiero vivir, con vehemencia loca,  
sólo para adorarte y ser tu esclava.

—Perdóname, mi bella prometida,  
temblando de emoción, Tunduli exclama,  
que el corazón ya llora arrepentido  
la ofensa que te hicieron mis palabras.

—Me han vencido, es verdad, en la pelea,  
mas no por eso desfallece mi alma.  
Contando con tu amor nada he perdido,  
y volveré de nuevo a la batalla.

—No te ciegue ese amor, replica la india,  
que es imposible libertar la patria;  
pero yo puedo libertarme hoy mismo,  
para vivir contigo en la montaña.

<sup>f</sup> admire que el ab. Romero haya inventado en un  
desfij tan grande: Manco - Cápac nada tiene que ver

Yo te amo, y tomaré de una bebida  
por los sabios amauntas preparada;  
y en huaca me pondrán, como a los muertos,  
antes de terminar las fiestas sacras.

Irás a verme, cuando el sol ya duerma,  
y llevarásme presto a tu cabaña,  
que yo despertaré de mi letargo  
cuando aparezca en el oriente el alba.

Y dejando una pluma del tendema  
al pobre amante a quien la dicha embarga,  
Inti - Puma se vuelve presurosa,  
desandando la pampa solitaria.

## II

¡Qué tristes son las fiestas de los pueblos  
por el poder rendidos de las armas:  
del vencedor parece que se vengan,  
con su duelo las razas conquistadas!

Bajo un toldo de juncos trepadores,  
donde solemne oficia el gran Pucallpa,  
rodeada del ejército peruano,  
Inti - Puma se yergue soberana.

Tras la tropa, abatidos, majestuosos,  
los tarqueños, rodeando a su curaca,  
se acercan al altar donde aún humea  
la sangre de las víctimas sagradas.

Y en medio del silencio, las doncellas,  
mientras deshojan flores de retama,  
en idioma extranjero van cantando  
del vencedor las bélicas hazañas.

Mas, al ceñirle la corona regia,  
Inti - Puma en el solio, triste y pálida,

lanzando un grito de dolor inmenso  
se aprieta el corazón y se desmaya...

En confuso clamor, medio aturdidos,  
los súbditos del Inca Manco - Cápac  
en torno de la reina se prosternan  
procurando a la vida despertarla.

—Todo es en vano; ha muerto, dice el jefe,  
y es fuerza terminar las fiestas sacras.  
Preparad las parihuelas, y llevemos  
el cuerpo de la regia desposada.

Tunduli que presencia estas escenas,  
confundido en el grupo del curaca,  
interiormente ruge, como el tigre,  
y al brujo reconviene con miradas.

—Ya está muerta Inti - Puma, le contesta  
el sacerdote con serena calma;  
mas, si llevar su cuerpo se pretende,  
debe ir sin corazón la soberana.

Quitarle el corazón es necesario  
para que duerma lejos de la Patria;  
porque el que tiene corazón no puede  
dormir tranquilo bajo tierra extraña.

—No puedo consentir que a la princesa  
le quiten ni un cabello, el jefe exclama;  
menos sin corazón llevarla puedo  
al regío harém del Inca Manco - Cápac.

—Y ni yo consentir podré que lleven  
al harém de tus reyes a mi amada,  
dice Tunduli de coraje ciego,  
acometiendo al jefe de la guardia...

Un momento después, sólo se escuchan

blasfemias de dolor y choques de armas;  
y tras la lucha, el canto de victoria,  
mezclado con la queja y la plegaria.

Y, cuando huye el ejército peruano,  
el brujo dice con solemne calma:  
—No persigáis, Tunduli, la derrota,  
dejadlos que se vuelvan a su Patria;

—Porque ésta no será la vez postrera  
que corran por la pampa solitaria  
las huestes del Perú, siempre vencidas,  
por querer invadir tierras extrañas.

Que hoy he visto unos signos en la sangre  
del cóndor morador de la montaña,  
emblemas de una raza de indomables  
que ha de formar la PATRIA ECUATORIANA.

## EN EL CHIMBORAZO

Qué espléndido paisaje! La llanura  
vestida, como siempre, de esmeralda;  
el cielo con los tintes de la aurora,  
con témpanos de nieve la montaña.

Todo en silencio está. Mudas las aves  
ocultan la cabeza bajo el ala;  
y dormitan inmóviles las hierbas  
en el rocío matinal bañadas.

Sólo el cóndor, soberbio y altanero,  
de cumbre en cumbre, majestuoso vaga...  
mas solo nó, que en Chimborazo, inmóvil,  
hay un ser que delira y siente y ama:

Es Bolívar, el árbitro de un mundo,  
salvador de la tierra americana,  
que los volcanes huella soberano,  
apoyado en el pomo de su espada.

Y al ver, desde la excelsa cordillera,  
el áureo y rojo pabellón de España,  
flotando entre neblinas matinales  
tendidas en la pampa solitaria,

Rompe el mutismo eterno de la altura,  
y clavando en los cielos la mirada,  
en la visión profética del genio,  
con voz febril, pero imperiosa, exclama:

"Hollé, por fin, la cumbre inaccesible,  
la abrupta cumbre de la nieve blanca.  
Tan lejos de los hombres yo me siento  
con mi grandeza, a solas, en el alma.

Y al comprender aquí por qué de blanco  
viste siempre el Señor las cumbres altas,  
más despreciable me parece el cetro  
y la púrpura real de los monarcas.

¿Coronas para mí? Si de la gloria  
sólo un trofeo conquistar me falta:  
la corona de espinas con que el mundo  
pagó a Jesús la redención humana.

Y la conquistaré, que del futuro  
miro el tiempo correr, y no lejana  
la negra ingratitude de esa Colombia,  
mientras más desdeñosa, más amada.

Vencedor de las huestes españolas,  
combatiendo incansable en mis batallas,  
nada me arredra, nadie me ha vencido,  
pero llevo el dolor dentro del alma.

El pan me negará mi Venezuela;  
Nueva Granada amenguará mi fama;  
me insultará el Perú, y hasta Bolivia  
devolverá mis leyes pisoteadas.

No faltarán, tampoco, en el escarnio,  
el manto purpurado ni la caña,  
que aun al sagrado de los genios llega  
la befa ruin del vulgo y la canalla.

Tan sólo el Ecuador, la patria noble,  
perenne culto me dará entusiasta:  
será el volcán mi pedestal de gloria,  
y mi cantor el Pindaro del Guayas".

Calla el titán. Rabiosos huracanes  
contra la roca, sin cesar batallan,  
cual si quisieran disputar a todos  
el imperio en la cumbre soberana;

Pero el cóndor y el héroe, indiferentes,  
miran la tempestad que llega airada,  
que para desafiar a las tormentas  
ambos tienen la fuerza de las alas.

Por eso, tras las horas del crepúsculo,  
cuando las nubes sus inmensas caudas  
entintan en las luces policromas  
del sol que muere en la extensión lejana,

A Bolívar le cantan las tormentas  
y el huracán, quebrándose en la espada  
que el sol del Ecuador templó en el fuego  
del Chimborazo esa inmortal mañana.

## DUERME!...

En el primer aniversario de la muerte  
de mi esposa.

En zig-zag de siniestras claridades,  
brilla el rayo, rugiente, por la esfera;  
y entre revueltas ondas, altanera  
surca mi nave vastas soledades...

Y se expande el pavor... Y oscuridades  
y borrascas me envuelven por doquiera...  
¡Como Jesús, despierta compañera,  
y manda sosegar las tempestades!

Pero nó: por piedad, sigue dormida.  
Tiene la tempestad fulgor divino  
y hay luz en la tormenta enfurecida.

Déjame batallar con el Destino,  
y deja que en la noche de mi vida  
siquiera el rayo alumbre mi camino.



## ES ELLA...!

Fragmento de FIAT VOLUNTAS TUA

..... Tras la nube  
mi pensamiento sube  
a sondear el secreto, en rumbos desiguales,  
por lo incommensurable,  
los gigantescos cuerpos siderales.  
Ya percibo los ritmos musicales  
que los soles entonan en la altura,  
cuando en veloz carrera,  
van rondando, rondando por la esfera...  
Ya me inundo de luces sin eclipses,  
que, girando en simétricas elipses,  
pretenden alumbrar eternidades,  
y producen auroras  
de extrañas claridades...  
Ya contemplo extasiado, nebulosas  
que tapizan de estrellas el espacio  
donde se alza el magnifico palacio  
de magnas construcciones,  
en que brillan millones de millones  
de soles colosales,  
esmaltando los dombos celestiales...

Mas, si admiro, Señor, tu omnipotencia,

yo advierto que, a través de las edades,  
van los astros al borde del abismo,  
sintiendo el paroxismo  
del tiempo destructor de inmensidades...  
Más arriba, Señor, subir yo quiero,  
que en tanta luz, belleza y armonía,  
todo es perecedero  
aquí, todo es mezquino todavía.  
Esta región sombría  
donde impera la muerte,  
no puede ser tu centro,  
¡oh Dios tres veces fuerte!  
Señor, subir yo quiero más arriba,  
porque mi pensamiento soberano  
no se sacia en lo efímero, lo humano...

Pero... Gran Dios! ¿qué veo?  
Ah, no es visión que forja mi deseo,  
es ella!... si, la ausente  
que la miro presente;  
mi amada que, siguiendo va tus huellas,  
entre el polvo de estrellas  
que levantas al paso  
por las eternidades sin ocaso.  
En himno de arbores,  
coronada de soles,  
la contemplo en su espléndida hermosura,  
gozando de perpetua primavera,  
con blanca vestidura,  
regio manto de púrpura y cimera  
recamados de auroras....

Ya no lleva el bordón del peregrino  
ni los andrajos de la carne impura;  
en su mirar la eternidad fulgura,  
lirios de luz alfombran su camino,  
y va envuelta en el humo del incienso  
que arde junto a tu trono, Dios inmenso!

Confundida en angélicas legiones  
y entre constelaciones  
de luz indefinible;  
rodeada de grandeza incomparable,  
aureolada de gloria,  
en todo el esplendor de su victoria,  
no es para mí invisible...  
Es ella, mi tesoro,  
la reconozco por su lira de oro  
en que canta el Amor de los amores  
con dulces melodías,  
la reconozco porque siembra flores;  
porque arranca armonías  
de las cuerdas, la pluma y los colores;  
porque sin mengua de tu amor, profesa  
culto a la ideal belleza;  
porque oculta sus galas,  
modesta entre las alas;  
porque siempre se inmola,  
y porque al verse en el Empíreo soía  
me busca apasionada,  
con la misma mirada  
con que, en la tierra, un día  
coronada de azahares  
y al pie de los altares,  
me dijo que era mía!...